

Recuerdos de la docencia de Carlos Forcadell a finales de los ochenta

Ángela Cenarro

Universidad de Zaragoza

Licenciatura de Geografía e Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, curso 1987-1988. El plan de estudios había establecido la impartición de la asignatura «Historia de España Contemporánea II. 1868-1975» en el quinto y último curso de la titulación, y al alumnado del grupo de diurno nos tocaba el profesor Carlos Forcadell. Era de los buenos, se comentaba en los cafés del bar de la Facultad, regentado entonces por el carismático Felipe González, sinónimo entonces de que con este profesor se aprendía. Que se preparaba las clases, orientaba las recomendaciones bibliográficas y preparaba un dossier de textos. Que fomentaba la lectura y el sentido crítico. Nos sentíamos afortunados los alumnos y las alumnas de aquella promoción, casi privilegiados, al percibir la reciente renovación del profesorado que había acabado con los representantes más genuinos de la universidad franquista. Carlos Forcadell era uno de esos profesores jóvenes, preparados y comprometidos, progresista... un referente para quienes vivíamos con ansias de conocimiento y concebíamos la formación universitaria como el mejor camino para encontrar nuestro lugar en el mundo.

Las expectativas de la «España Contemporánea II» se vieron ampliamente satisfechas. El temario era amplio, bien estructurado y con abundantes referencias bibliográficas comentadas, generales y específicas. Con un buen dossier de breves –y no tan breves– fragmentos de fuentes primarias gracias a las que nos sumergíamos en el lenguaje, los discursos y las concepciones de otras cronologías. No había irrumpido todavía ni la historia cultural ni el giro lingüístico, con su atención prioritaria al discurso y a las construcciones simbólicas, pero cada palabra, cada expresión contenida en aquellos textos era analizada en profundidad para explorar todos sus posibles significados.

Fue un curso de innumerables lecturas a través de las que tuvimos ocasión de bucear en los periodos cruciales del siglo XX español. Si seguir un manual o los apuntes tomados en el aula era suficiente para aprobar con otros profesores, las clases de Carlos Forcadell exigían ir a la biblioteca con presteza. La nuestra era entonces el espacio que luego se reconvertiría en el Seminario de Historia Contemporánea, gestionada por unos entregados becarios de colaboración, entre quienes me encontraba, y atestada de estudiantes.

A lo largo del curso, su magisterio y la pertinencia de las lecturas fueron ventanas abiertas al conocimiento preciso, al igual que a la discusión y a los debates de nuestro pasado más reciente. Entre las referencias generales que nos recomendó se encontraban las colecciones de

las editoriales Labor y Alfaguara, la enciclopedia de *Historia de España* de Menéndez Pidal, y algunas de las mejores expresiones de una renovada historia política, como los trabajos de José María Jover y Miguel Artola. Su obra había sentado las bases de una nueva comprensión del liberalismo español decimonónico y había roturado el camino para que una serie de monografías, entre la década de los setenta y principios de los ochenta, se orientaran al estudio de las elecciones y partidos políticos, como las de Carlos Dardé, Octavio Ruiz Manjón y Javier Tusell.

Nos iniciamos también, al margen de la posterior discusión sobre desiertos, secanos o regadíos, en una historia social que había adquirido ya un estatus de legitimidad en el oficio, con independencia de cuáles fueran su genealogía, sus fuentes o influencias. Quienes nos sumergimos en estas lecturas vimos que tenía un sólido asiento en la historia económica –no faltaban gráficas entre los textos que nos proporcionaba exhaustivamente el profesor Forcadell, para mi desazón, pues aquello de contar y hacer cálculos nunca fue lo mío–, o era el fruto de la recepción del materialismo histórico. Convivimos durante meses con Gabriel Tortella, Jordi Nadal, Josep Fontana, Sánchez Albornoz, José Luis García Delgado, Ramón Garrabou... Leímos prácticamente toda la obra de Manuel Tuñón de Lara y su concepto de «bloque de poder» nos acompañó a lo largo del curso. También otras perspectivas para el análisis de la Restauración, como *Los amigos políticos*, de José Varela Ortega, inolvidable para mí por la finura con la que diseccionaba la lógica del funcionamiento político del sistema.

Los intereses económicos, las clases sociales y los sujetos colectivos, con una rotunda prioridad de los obreros y los campesinos, amueblaron nuestras cabezas a finales de los años ochenta. Albert Balcells, Xavier Cuadrat, Juan Pablo Fusi, Gerald H. Meaker, Santos Juliá y «un tal Forcadell» (sic), como se autocitaba en el programa, se encontraban entre los principales autores. No faltaron *El obrero consciente* de Manuel Pérez Ledesma, ni la «segunda ruptura» que este mismo y José Álvarez Junco recomendaban para construir una historia de los movimientos sociales y de las clases populares no constreñida por la categoría de «lucha de clases». Joaquín Romero Maura y Joan Conelly Ullman nos ilustraron sobre la Semana Trágica de Barcelona. Y muy inspiradora me resultó *La historia de las agitaciones andaluzas*, de Juan Díaz del Moral, en la que convergían la historia política con la mirada de raíz antropológica a las protestas campesinas del sur durante el trienio bolchevique.

Junto a estos ejemplos de historia social, que aún tardaría un tiempo en incorporar el adjetivo de «renovada», destellaba una historiografía viva, con capacidad de ofrecer nuevas miradas a las interpretaciones más clásicas. Leímos mucho sobre Costa y otros regeneracionistas, conocimos las visiones innovadoras de Jacques Maurice y Carlos Serrano sobre la crisis de la restauración –el «turno del pueblo»–, así como los trabajos de Francisco Javier Corcuera, Jordi Solé Tura y Alfons Cucó sobre los nacionalismos vasco y catalán y el valencianismo. Tuvieron también su espacio en el programa otros temas que con el tiempo han resultado ser enormemente fructíferos, como el catolicismo político o el maurismo, gracias a los primeros análisis rigurosos de Juan José Castillo y Javier Tusell, y el lerruxismo, de la mano de Joan B. Culla.

Siguieron algunos debates de calado sobre el siglo XX español. La pregunta que vertebraba la comprensión de la Dictadura de Primo de Rivera (¿un mero paréntesis constitucional?) había suscitado una polémica en torno a las posibilidades democratizadoras del sistema liberal. Treinta años después sigue siendo válida para introducir el tema, por mucho que, desde entonces, hayamos incorporado nuevas reflexiones, derivadas de los conceptos de «modernización autoritaria» y de «nacionalización» de las masas. La discusión en torno al supuesto «fracaso de la República» y el «reparto de culpas», instalado en las conciencias colectivas en torno al



Profesores y profesoras de Historia Contemporánea con Javier Lambán. Ángela Cenarro, tercera por la dcha., 2007.

50 aniversario de la guerra, fueron algunos de los temas de profundidad inmensa con los que nos topamos a final del curso, de vigencia indiscutible hoy.

Muchos de ellos acaparan todavía nuestra atención, como profesionales de la historia y como ciudadanos, en un contexto bien distinto al de aquella década. A pesar de cuánto hemos cambiado, y de cuánto tiempo ha pasado, las enseñanzas de Carlos Forcadell siguen intactas en el recuerdo. Nutrieron una vocación que ya estaba bien despierta por entonces y echaron el sólido cimiento sobre el que posteriores formaciones y experiencias pudieron asentarse. De esta memoria brota el deseo de reconocer el legado de un maestro que nos guió con rigor y lucidez por el conocimiento de nuestro pasado reciente. Gracias, Carlos.